

Invadidos e invasores

Con el título del presente cartel bien pudiera, indudablemente, componer se y darse a la estampa la historia de los pueblos. Estos, indudablemente otra vez, pueden clasificarse en tales dos categorías. Ha habido, al través de todos los tiempos, pueblos invadidos y pueblos invasores. La guerra es el resultado de semejante circunstancia. Desde nuestros primeros padres, Manco Capac y Macma Ocello, hasta la fecha que estamos viviendo.

El fenómeno, recurrente más que ninguno otro, lo ejemplifica la antigüedad y lo ejemplifica la edad media; lo ejemplifica, asimismo, la modernidad y lo ejemplifica la contemporaneidad. No hay escapatoria. O somos invadidos. O somos invasores.

Tal vez esto se deba, entre otros motivos, a que el hombre carece de memoria. El hombre, para decirlo con el conocido aforismo, no experimenta por cabeza ajena. Ve las lecciones que le pone la historia por delante, y hace la vista gorda. El hombre, a la hora de las chiquiticas, es el animal que cree saber más que los demás. De aquí sus tragedias, a cual más tenebrosa. De aquí sus encontronazos con la realidad. Cada uno de estos ha tenido nombre propio; ha sido una guerra. Ahí la tenemos, en su mejor forma, en el Golfo Pérsico. ¿Y..?

Ya dijimos que, en punto a guerra, o somos invadidos o somos invasores. Bien. La circunstancia vista desde su verdadera perspectiva humana, nos presenta otro perfil. En toda situación bélica se enfrentan dos fuerzas especiales. Una fuerza de naturaleza, nacimiento y definición moral. Y una fuerza de naturaleza, nacimiento y definición técnica. Con la primera de estas fuerzas combaten, a brazo partido, los invadidos. Con la segunda combaten los invasores. El soldado del invadido, de este modo, sabe por qué combate; sabe por quién combate minuto a minuto; sabe hasta dónde tiene que combatir hasta con los dientes. El soldado del invasor, en cambio, apenas entiende -si es que entiende el problema- la motivación de la lucha. Mientras en el uno la fuerza que ejerce es mucho más moral que técnica, en el otro es al revés. La diferencia de posiciones ha saltado a la vista, en toda la historia de la humanidad, siempre. ¿Y..?

Cuatro ejemplos, todos protuberantes, nos marcan la pauta en este planteamiento. La antigüedad culminó, como organización imperialista, en el Imperio Romano. En este sí que no se puso el sol. Dominó casi todo el mundo conocido. Hizo de Europa su coto particular de caza. De norte a sur y de este a oeste. Pero un día de los suyos, a pesar de su ferrado poder, se le empezaron a levantar, una tras otra, sus provincias. El poder moral de éstas triunfó, por todo lo alto, contra el poder técnico de la prepotente Roma. Y el famoso imperio se volvió polvo.

Luego luego, los árabes ocuparon, a sangre y fuego, la Madre Patria. Allí se asentaron. Allí se hicieron señores de todo. La guerra duró un puñado de siglos. El Cid Campeador fue uno de sus más notables protagonistas. ¿Y qué pasó? Allí pasó, como dijo García Lorca a otro propósito, lo de siempre. Los árabes fueron derrotados y vultos, mal que les pesara, a su lugar de origen africano y oriental. No pudieron, pues, tantos ilustres combatientes con tan pocos y esmirriados nativos.

Al imperio español no se le ponía, según decía él mismo, el sol de la prepotencia. Le dio la inundó. Completó el mapa de la tierra. Y nos tuvo 'sujetos, en Hispanoamérica, como todo imperio: a sangre y fuego. Trescientos y pico de años de barbarie. Millares de fusilamientos en todas partes. Fusilaban los militares y fusilaban los civiles. Fusilaban los profanos y fusilaban, en son de fe, los evangelizadores. ¿Qué tal? Con todo, la guerra de independencia duró sólo veinte años. A palo limpio y a piedra, los hispanoamericanos nos sacudimos la coyunda española.

La epopeya mayor de nuestro tiempo la llevó al cabo, ante los ojos asombrados del mundo, Viet-Nam. Un pueblo pobre en extremo, un pueblo subdesarrollado, un pueblo hambriento, desalojó de la tierra de sus mayores, de la tierra de sus entrañas, el poderío del Imperialismo Yanqui. Esto fue, como quien dice, ayer no más.

Ahora tenemos la vida colgando del hilo del Golfo Pérsico. La historia es la misma. El Imperialismo ha decidido hacerse, con el argumento de la técnica, al famoso golfo petrolero. Y está dado a la tarea de arrasar a Irak y a Kuwait, so pretexto de defender este último pueblo. Ahora bien. Si hemos hablado de dos fuerzas, Irak posee, incontestablemente, la primera, es decir, la fuerza moral. El imperialismo no puede esgrimir sino la fuerza técnica. Más claro no canta el gallo. Y algo más aún. En toda circunstancia de agresión, todos nos ponemos, automáticamente, de parte del agredido. Ante invadido e invasor, como en este caso, todos votamos sin vacilar por el invadido.

Resulta edificante, en el panorama mundial, que alguien, como ahora Irak, le pare el trote al Imperialismo Yanqui, que es el más trágico, el más tenebroso, el más inhumano, el más estúpido, el más arrogante, el más cruel, y el más infamante que registra la historia universal. Si entendemos, en fin, el mecanismo de las dos fuerzas enfrentadas en el Golfo Pérsico, la victoria, a corto o largo plazo, está segura.